



Erika Silva

Identidad nacional y poder,
ILDIS-Abya Yala, Quito, 2004.

El libro de Erika Silva representa un aporte para el análisis y la reflexión sobre identidad a varios niveles. El primero es destacar la importancia de los “discursos”, entendidos no solamente como textualidad, construcción verbal y lingüística, sino en la definición de Todorov¹ como un producto de un contexto particular en el cual intervienen no solamente elementos retóricos y lingüísticos, sino también interlocutores específicos. Un discurso aparece en un tiempo y un espacio definido, bajo la confluencia de determinadas circunstancias y, como añade Escobar, se convierte en una parte constitutiva de la realidad social misma puesto que es a través del lenguaje y del discurso que la realidad social inevitablemente se construye. En este sentido, los ensayos de Erika Silva demuestran muy claramente cómo el discurso sobre la identidad nacional “produce ‘efectos de verdad’ (...) entra a participar en la producción de la realidad”; consecuentemente, produce políticas

1 T. Todorov, 1992, *Simbolismo e interpretación*, Monte Avila Ed., Caracas.

e intervenciones que tienen impactos y efectos concretos en la vida de gente concreta y en la realidad social.²

La pregunta que surge –mejor dicho, una invitación para futuros análisis- es: ¿cómo este discurso sobre la identidad nacional se encarna en la realidad concreta de todos los días? ¿Cómo este discurso viene re-significado por la gente “ordinaria”? Sería interesante –y ciertamente es importante- mover la mirada de la cultura de las elites a las micro prácticas de la cotidianidad. Los estudios que han adoptado este enfoque revelan, por ejemplo, que la cultura en cuanto sistema de significado por el cual todo orden social se comunica, se reproduce y se experimenta, es un espacio privilegiado de ejercicio del poder y, por ende, es una dimensión de toda institución económica, social y política; por tanto, es un espacio privilegiado de la política, que incluye las prácticas políticas “no formales”. Cuando miramos al nivel de las prácticas políticas “ordinarias”, nos damos cuenta que las relaciones entre las representaciones políticas y el ejercicio del poder no son inmediatas, que debemos hacerlas evidentes y que esto es posible sólo a través de una etnografía detallada de las acciones concretas y ordinarias. Hablar de identidad nacional y política, en este momento en el actual Ecuador, significa hablar de las nuevas y múltiples micro-arenas políticas “subalternas” (como las define Nancy Frazer³) pero no por esto menos públicas, en donde se gestan nuevos discursos políticos paralelos, cuyos miembros inventan y hacen circular “contra-discursos” y formulan de esta manera interpretaciones de oposición sobre sus identidades, intereses y necesidades.

2 A. Escobar, “El desarrollo sostenible: diálogo de discursos”, en *Revista Foro* No. 199, pag. 99-100.

3 N. Frazer 1993, citada en S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, “Introduction: the cultural and the political in Latin American Social Movements”, en S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, editores, *Cultures of Politics, Politics of cultures*, Westview Press, Boulder.

Cómo funciona la identidad

El segundo aporte del libro es proveer un ejemplo concreto de cómo se da y funciona la identidad. El libro, sobre todo el primer ensayo, evidencia que la identidad pertenece al ámbito del flujo, de la fluctuación y del movimiento. Contrariamente a quienes todavía quieren aferrarse a definiciones esencialistas de la identidad y pensarla como “dada” de una vez y para siempre, los análisis de *Identidad nacional y poder* demuestran que la identidad no es inherente a la esencia de las cosas. No existe por sí solo algo llamado “identidad”, desligada de las decisiones que un grupo humano dado toma en un momento histórico preciso en un espacio geo-político concreto. Lo que sí existe son maneras diversas y múltiples de organizar la identidad.

El libro de Erika Silva demuestra claramente que la identidad se define por oposiciones y diferenciaciones con un “otro”, con la alteridad. La alteridad, por ende, es una categoría constitutiva de la identidad y de la naturaleza humana. No podríamos definir el “nosotros” si no hubiese un “otro de mí” con quien confrontarme. La identidad se construye y es posible solamente gracias a la diversidad. Es relacional, se da en un contexto de relaciones con este “otro” del cual el “nosotros” pretende diferenciarse para poder reconocerse como tal: la identidad siempre se constituye en un contexto de relaciones, en un proceso de mutua compenetración y mutua definición. Porque “los otros” también se constituyen en “un nosotros” a partir y a través del mismo proceso que simultáneamente define, afirma y separa. Toda la cuestión de la identidad gira alrededor del “otro” y, como Erika muestra con claridad en los ensayos del libro, la identidad se negocia constantemente.

Pero demarcar el territorio de este “nosotros” significa también adherirse a un sistema de inclusiones y exclusiones: éstas permiten una identificación interna (la pertenencia al grupo) y unas distinciones externas (“los otros”). Y es justamente esta dinámica contradictoria, este juego de inclusiones y exclusio-

nes, entre aceptación y rechazo de la “diversidad”, que a su vez establece la diferencia, lo que convierte al tema de la identidad en un problema, porque si no puede existir identidad sino con alteridad, en una relación dialéctica de mutuo reconocimiento, entonces ¿qué pasa cuando se intenta eliminar esta diversidad, o minimizarla? Es aquí cuando el tema de la construcción de la identidad, que puede parecer un mero ejercicio académico, deja de ser tal cuando nos ponemos a pensar en la situación del mundo en general, y del Ecuador en particular, en la que la geo-política mundial, con su famosa globalización apunta a una supuesta “igualdad” y homogeneización e intentan restar importancia a la existencia de la diversidad. Eliminar la diversidad significa negar la alteridad y esto, a su vez, acarrea una fuerte crisis de identidad. Porque no puede existir identidad (nacional, cultural, sexual, etc.) que no se desarrolle en referencia con otras identidades, en una relación de mutuo reconocimiento. Eliminar a “los otros” significa, entonces, eliminarnos a nosotros mismos.

La pretensión actual de eliminar la diversidad y la diferencia acarrea una “orfandad” identitaria (o supuesta orfandad), que deja espacio a lo que Sánchez-Parga llama una “feudalización identitaria”⁴, es decir, a la emergencia y revitalización de identidades regionales y locales cada vez más microfísicas. Yo creo que ésta puede ser una pauta adicional para leer la crisis de identidad que parece caracterizar al Ecuador y para entender ciertas dinámicas nacionales: porque lo que precede y permite toda definición e identificación identitaria es siempre una reflexión sobre la alteridad, sobre el “otro”. Si no existe esta reflexión sobre el “otro” y el papel que éste juega en nuestra auto-identificación, cualquier reflexión sobre identidad resulta parcial y cualquier intento de construcción de “interculturalidad” está destinado al fracaso.

4 J. Sánchez-Parga, comunicación personal.

Perspectiva histórica

Me parece importante el intento de la autora de reconstruir una arqueología de las ideas, conceptos y formas de Estado que dieron origen al Estado ecuatoriano y a la manera de “hacer política” nacional. Volver al pasado para entender el presente -para entender las formas y relaciones socio-políticas del presente- representa un aporte valioso, sobre todo si volvemos una mirada general al panorama de producción del conocimiento nacional, y nos damos cuenta que hay una gran mayoría de investigaciones y publicaciones que responden al momento, que son absolutamente coyunturales y por ende “dejan intacta la ignorancia”. La mirada histórica sobre el origen del concepto de Estado español, exportado a la región andina con la conquista y colonización, nos confirma lo que desde la antropología se enfatiza desde siempre: que todo modelo social, político y económico tiene un carácter profundamente histórico y que, por ende, todo orden cultural tiene un carácter arbitrario (Escobar, 1998).⁵ Así, resulta claro el “sincretismo” político que se dio cuando la forma de gobierno católico-español se encontró con la forma de gobierno andina. Es el análisis de estas dinámicas, re-significaciones y transformaciones que permite una comprensión más profunda de la realidad social. Y aquí nuevamente me pregunto: ¿qué pasa con la globalización y los proyectos políticos y económicos neoliberales? ¿Qué pasa, en Ecuador como en toda América Latina, cuando el programa civilizatorio neoliberal impone una nueva forma de relaciones entre el estado y la sociedad civil, y avanza una definición distintiva de la esfera política y de sus participantes, basadas en un concepto minimalista de estado y democracia? ¿Cómo el estado “local”, este modelo “histórico” de estado ecuatoriano -a su vez fruto de anteriores transformaciones y cambios- se relaciona y reacciona frente a este “nuevo” modo de concebir lo político y de hacer política? Las políticas neoliberales han

intensificado las desigualdades y han minado las redes de seguridad -por mínimas y precarias que hayan sido- de los Estados de “mal-estar” social de antes, y han redefinido significativamente el terreno de lo político-cultural, debilitando y desestructurando los idiomas de protesta tradicionales: los ajustes estructurales económicos conllevan ajuste estructurales sociales que debemos analizar y que forman parte de lo político y la política.⁶

¿Qué papel juega la economía global en la percepción que los ecuatorianos tienen de sí mismos? ¿Cuánto los efectos de estar dentro de un sistema global, desigual, injusto (que caracteriza a Ecuador como un país “minoritario” sin poder de negociación), entran en juego en configurar y reproducir una identidad nacional desgastada, frágil y ambigua (que se revela en la salida masiva de ecuatorianos hacia nuevos países en busca de una “nueva” identidad, que hace decir al 45% de quienes quedan que quisieran irse de este país y que llega a su expresión máxima cuando acepta eliminar su moneda nacional -símbolo y custodio de la memoria colectiva- y sustituirla por la moneda de un país dominante)?

Estas son preguntas que hay que contestar cuando intentamos entender el “problema” de la identidad nacional, porque son estas tendencias mundiales las que moldean las relaciones políticas internacionales y nacionales. No podemos pensar lo nacional sin referente a lo internacional.

He sido tal vez crítica en mis comentarios, espero que de manera constructiva, pero ésta es justamente la señal que el libro ha despertado en mí no sólo mucho interés sino muchas inquietudes. Me ha hecho pensar y, al final, esto es el verdadero propósito de cualquier libro y que justifica su publicación y difusión.

Emilia Ferraro

Quito, julio de 2004.

5 A. Escobar, “Diálogo de discursos”, op. cit.

6 S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, editores, *Cultures of Politics, Politics of cultures*, Westview Press, Boulder.